

## LA LUCHA CONTRA LA PROCESIONARIA HACE CIEN AÑOS

La procesionaria del pino (*Thaumetopoea pityocampa* Schiff) es uno de los insectos más dañinos de la entomofauna hispana. Sus plagas provocan importantes perjuicios en las masas de coníferas, lo que ha originado la búsqueda de diversos métodos para combatirlas. En la actualidad, la utilización de trampas de feromonas ha logrado reducir, de manera notable, la incidencia del insecto en zonas fuertemente castigadas en épocas recientes. Resulta interesante conocer los métodos que se utilizaban anteriormente para intentar paliar los efectos de esta plaga, como los que se incluyen en el artículo que reproducimos a continuación, aparecido en la REVISTA DE MONTES a finales del siglo pasado.

«En toda Europa meridional, así como también en las regiones más cálidas de Suiza, el Bombyx procesionario del pino (*Cnethocampa pityocampa*, Schiff), aparece de vez en cuando en cantidad considerable. Llega hasta el Valé, en cuyos montes de pino silvestre puede decirse que no queda, a veces, una sola planta, hasta altitudes considerables, que no sea atacada, y sobre la cual dejen de verse bolsas de orugas; y hace dos años el Sr. De Seutter, que era entonces Inspector de montes de Lugano, envió bolsas de dichas orugas recogidas en los cedros del Himalaya (Ced. Deodara) y en los alerces, así como también ramas de abeto, cuyas agujas habían sido devoradas por las orugas.

Los perjuicios causados no carecen de importancia; y como los medios de destrucción recomendados por los autores no son suficientemente eficaces, es interesante conocer los procedimientos que se siguen en el Mediodía de Francia.

Sabido es que los autores alemanes aconsejan el recoger las bolsas, sirviéndose, al efecto, cuando se hallan a alguna altura, de un podón adaptado a una vara, por medio del cual se cortan las ramillas que sustentan nidos; y con éstos se forman en seguida montones, que se queman. Mas dicho método presenta grandes dificultades si los árboles son un poco elevados, pues se hace indis-

pensable el uso de escalas; y, por otra parte, los obreros encargados de este trabajo sufren los efectos de los pelos ponzoñosos que se desprenden de las orugas, y que, penetrando en la piel, ocasionan inflamaciones muy molestas.

He aquí lo que preconiza el Sr. Bédos, Ingeniero (garde général) de los montes de Limoux (departamento de l'Aude), en una información muy interesante que escribió acerca de la cuenca de recepción del Rialsesse:

Desgraciadamente, el pino negro, que posee tantas cualidades buenas, a pesar de que también ofrece graves defectos, es víctima, desde hace muchos años, de invasiones de orugas, correspondientes al Bombyx procesionario del pino, las cuales producen estragos de importancia en las plantaciones. Se logra que perezcan estas orugas cogiendo sus bolsas durante el invierno, y destruyéndolas por medio del fuego; pero tal procedimiento no es aplicable a las plantaciones de alguna edad, y esta es la razón por la que el Ingeniero (garde général) Sr. Pillot ha ideado un aparato muy ingenioso para inyectar petróleo en los nidos de las orugas. El petróleo es aún demasiado caro; por otra parte, hay precisión de marcar los árboles atacados, y el obrero olvida a menudo, aun respecto de un mismo árbol, los nidos que acaba de inyectar; y así, pues, esta manera de desorugar no es realmente practicable si-

no en los jardines de recreo o adorno, y en las plantaciones de escasa extensión. Respecto de las masas constituidas por árboles elevados, no hay posibilidad de atacar a los insectos hasta el momento en que pueden cogerse, en Abril o Mayo, cuando descienden de los árboles y llevan a cabo sus procesiones para descubrir una tierra favorable a su transformación en ninfas. Al efecto, convienen especialmente a las orugas los campos labrados, donde se entierran a 10 ó 20 centímetros de profundidad, se preparan allí un alojamiento, tejen en seguida un capullo de seda de color tabaco y pasan al estado de crisálidas.

De antemano han depositado sus pelos venenosos a lo largo de la galería que da acceso a la celda, y así consiguen que no vayan otros insectos a inquietarlas en su retiro.

En la época de las procesiones es posible aplastar grandes cantidades de orugas, valiéndose de un rodillo de madera, dispuesto a la extremidad de una vara, y hacer desaparecer las aglomeraciones de estos insectos, que a menudo se hallan sobre el suelo del monte.

En fin, luego que las orugas abandonan los árboles, se podría hacer labrar en el suelo del monte, con la azada, y hasta 0,20 metros de profundidad, pequeños espacios de un área, a la distancia de 500 metros cada dos. Las orugas irán a ellos, con seguridad, a transformarse en crisálidas; y bastará entonces regar el suelo, pasar por él un rodillo o apisonarle ligeramente, para destrozarse las galerías e impedir que más tarde las mariposas puedan salir de la tierra.» ■

(«Destrucción del Bombyx procesionario del pino», Crónica Forestal. Revista de Montes, 1898, Tomo 21, pág. 230-232)

A. Rojo